

# OCTUBRE

## V ANIVERSARIO DE LOS COMUNEROS DE CASTILLA

La rebelión de los Comeneros se inició un 16 de abril de 1520 y concluyó un 25 de OCTUBRE de 1521.

*En 2020 se cumplió el 500 aniversario de aquella indescriptible revolución, lo que se ha festejado de distintas formas en varias localidades de Castilla pero ha pasado bastante desapercibida en el resto de España. Sin embargo, hay que recordar que ese levantamiento tiene una dimensión que va más allá de lo regional castellano, pues se ha llegado a convertir en símbolo de la reclamación de libertades y fueros y de la protesta, en sentido amplio, contra el poder mal ejercido. La pandemia ha oscurecido muchos eventos; por ello, parece oportuno recordar este con un relato que también pone en valor a un artista alcoyano: Antonio Gisbert, que pintó este impactante y emotivo cuadro hace 180 años, en 1860.*

## EL PINTOR DE LOS COMUNEROS. Consuelo Jiménez de Cisneros

Madrid, 1859. El joven pintor Antonio Gisbert acaba de regresar de sus estancias artísticas en París y Roma, donde tanto ha aprendido y disfrutado. Llega lleno de energía, dispuesto a mostrar lo que es capaz de hacer en la pintura. Su primera entrevista tiene lugar con su buen amigo Luis, que le informa de que se prepara una vez más, y ya va la quinta, una Exposición Nacional de Bellas Artes.

-Debes presentarte, Antonio. Pinta un cuadro que les deje con la boca abierta. Tú puedes hacerlo.

-Sí, ya he pensado en pintar algo de tema histórico, que ahora está de moda, pero no solo por eso, sino porque realmente me interesa la historia y no me canso de leer todo lo que encuentro sobre nuestro pasado.



Cuadro de Antonio Gisbert conservado en el Palacio de las Cortes de Madrid.

-Hay tantos momentos gloriosos de la Historia de España que puedes reproducir... La victoria de Covadonga, la de las Navas de Tolosa, la de Lepanto... Estupenda idea: ¿Por qué no pintas la batalla de Lepanto? Las marinas dan mucho de sí para que el artista se luzca. Los colores de las olas, los barcos balanceándose, el cielo tempestuoso...

-Mi cuadro no puede ser un cuadro banal, no ha de ser una estampa más...

-¿Qué ha de ser entonces?

-Mi cuadro tiene que hacer pensar a quien lo vea. Hacer que la gente se pregunte: "¿Quiénes eran en realidad aquellas personas? ¿Por qué pasó eso?" Tiene que contar una historia que valga la pena recordar, no esas historias que todo el mundo conoce.

Su amigo movió la cabeza desconfiado. Antonio se exaltaba mientras decía:

-Sabes que soy liberal... En estos días, se puede decir; en otros tiempos muy recientes, esta afirmación podía acarrear pena de muerte. Pero contigo tengo absoluta confianza. Necesito expresar este espíritu liberal, denunciar una injusticia histórica. ¿Y cuál te parece que ha sido una de las más grandes?

Se encogió de hombros.

-No tengo ni idea, la verdad. Ha habido tantas...

-El final de los comuneros. Que a Padilla, Bravo y Maldonado los ajusticiaran sin juicio, sin escucharles. Que no dieran ocasión al rey Carlos de ejercer su gracia, como haría después con tantos otros. Supongo que fueron los mismos que tampoco permitieron que el cardenal Cisneros hablara con Carlos, entonces príncipe, y le pusiera al corriente de la corrupción, de las falsedades, de las malas artes de quienes toman el poder no para el bien común, sino para su bien particular. Lo contrario de lo que pretendían los comuneros.

Luis le escuchaba con expresión dubitativa.

-Y que Carlos nombrara como Arzobispo Primado de Toledo, sustituyendo a una figura de la talla de Cisneros, a ese tal Guillermo de Croy, un jovencuelo sin experiencia... ¡más joven de lo que yo soy ahora, y solo tengo veinticinco años!

-Todo eso está muy bien. Pero ¿por qué quieres pintar a esas gentes que perdieron sus batallas y sus vidas?

-Eso no es del todo exacto. Ni siquiera perdieron todas sus vidas. Como decía el poeta Jorge Manrique, hay tres vidas: esta temporal que todos perderemos algún día, la vida inmortal que nos conduce al más allá donde seremos juzgados y finalmente la vida de la fama. Los cabecillas comuneros, al perder su primera vida, ganaron las otras. La del cielo, sí, porque fueron mártires de su causa. La de la fama, porque varios siglos después seguimos hablando de ellos. Porque Castilla no ha olvidado ni olvidará jamás sus nombres ni su desventura. Pero, ¡qué poco saben las gentes de esos valientes personajes! Que pudiendo medrar en sus casas, consentir y pactar, eligieron la lucha... por defender su identidad, la de su pueblo. Por defender sus valores...

-Ya, entiendo lo que dices... ¿Por dónde vas a empezar? Ese cuadro tiene que ser algo muy bien pensado. Si lo vas a presentar a la Exposición Nacional de Bellas Artes, recuerda que te lo tienen que admitir. No van a exponerlo si no les parece bien. Además, para pintarlo adecuadamente, habría que informarse primero.

-Sí, tienes razón. Porque es un tema nuevo, ya que nadie hasta ahora ha pintado a los comuneros, así que me informaré bien. Miraré en la biblioteca de la Academia de la Historia. Y luego iré a Segovia, a Toledo, a Salamanca y a Villalar. Allí tengo que encontrar los paisajes y los tipos que necesito.

-¿Y cómo vas a pintarlos? ¿En qué momento, quiero decir?

Antonio reflexionó.

-En el momento clave de sus vidas... en el que les condujo a la eternidad...

-No sé a qué te refieres...

-En el patíbulo...

-¡Qué horror! Rechazarán tu cuadro.

-No lo creo. Porque será un cuadro hermoso.

-¿Cómo va a ser hermoso retratar a unos ajusticiados? Es macabro.

-No. Evitaré los detalles más crudos. No mostraré el cuello cortado. Y la cabeza del primero que cayó, se verá en un segundo plano, lejana. Pero estará ahí.

-Estás loco. ¿Crees que va a tener éxito un cuadro como ese? ¿Que la gente lo va a aceptar?

-Lo veremos...

Antonio quería cuidar los detalles. Concienzudo, acudió a la Academia de la Historia, en la Calle del León, para documentarse sobre la forma en que se ejecutaba a los nobles en el siglo XVI, a fin de reproducir el cadalso del modo más exacto posible. Así supo que a los nobles acusados de delitos de traición, como fue el caso de los comuneros, se les degollaba por detrás, apoyando su cabeza en una especie de soporte o mesa baja y empleando un cuchillo y después un hacha para separar la cabeza del tronco. Había la desagradable costumbre de que el verdugo alzara la cabeza cortada para que sirviera de público escarmiento ante los espectadores que acudían a presenciar aquel terrible drama, movidos por el horror, la compasión y la curiosidad.

Se propuso reproducir en su cuadro con la mayor exactitud el soporte de

madera sobre el que actuaba el verdugo, el cual soporte debía llevar incorporada una argolla de hierro que serviría para atar al reo e impedir que se moviera en aquel espantoso trance. Esa costumbre era muy antigua, pues ya la señala Alfonso X el Sabio en su libro VII de las Partidas, donde indica que al reo se le habían de atar las manos antes de ajusticiarle. De la habilidad y fuerza del verdugo dependería que el reo muriera rápidamente o que, por el contrario, sufriera una horrible agonía, lo cual sucedió en alguna ocasión.

Antonio también quiso informarse sobre la ropa que vestirían los caballeros de la primera mitad del siglo XVI. Había visto ya cuadros y grabados de época, pero necesitaba cerciorarse bien. Consultó láminas en los archivos hasta que decidió que los tres caballeros irían ataviados de forma similar, aunque con alguna variación en el color de sus ropas. Tenían que presentarse en aquella hora trascendental con la sencilla elegancia de los hidalgos.

En cuanto a los frailes, investigó qué tipo de hábitos vestirían. No logró averiguar si la orden que solía acompañar a los condenados era de franciscanos, de dominicos o de mercedarios. Decidió que el hábito dominico, negro sobre blanco, estaba más en consonancia con la fúnebre escena. Dos de los frailes irían destocados y uno de ellos llevaría la cabeza cubierta por una capucha.

Habiendo reunido toda la información que precisaba en Madrid, Antonio preparó su equipaje. Llevaba siempre a mano una libreta del tamaño de una hoja de octava donde pergeñaba rápidamente lo que veía para trabajarlo después en la calma de su taller. El rostro de un tipo, su expresión que él atrapaba con su lápiz como un ladrón de gestos, un objeto, algún detalle de una fachada, un elemento que le llamara la atención en una plaza, en un paisaje.

Viajó primero a Segovia: la ciudad legendaria fundada por Hércules según

viejos cronicones, la ciudad señorial escogida por Roma para lucir en ella su mejor obra de ingeniería, la ciudad misteriosa que conservaba el recuerdo de los templarios, la ciudad heroica que, a la sombra de su Alcázar, abrió la primera Academia Militar de España: el Real Colegio de Artillería.

Antonio visitó todos aquellos lugares. Quería empaparse del espíritu del lugar natal de Juan Bravo, capitán de las milicias de Segovia y primo de María Pacheco, que también tuvo un papel esencial en la guerra de los comuneros. Por los paseos y los mesones buscaba Antonio un rostro en que inspirarse, porque no había encontrado ningún retrato fidedigno de ninguno de los tres comuneros. Por eso, en su recorrido, visitaría, una por una, las ciudades donde nacieron.

Su segunda visita fue a Salamanca. La espléndida ciudad renacentista de piedras doradas, piadosa y universitaria, fue la cuna de Francisco de Maldonado. En la capilla de Talavera de la Catedral Vieja, capilla que fundara Rodrigo Maldonado de Talavera, abuelo del comunero ajusticiado, Antonio contempló con devota emoción el pendón de los comuneros salmatinos hecho jirones, como si acabara de venir del campo de batalla.

Desde Salamanca por la carretera de Valladolid llegó hasta Villalar. El pueblo parecía haberse parado en el tiempo y Antonio pudo imaginar perfectamente el cadalso en la Plaza Mayor. Los habitantes serían descendientes de aquellos que vieron morir a los tres comuneros. Aquel día llovía, y el cielo encapotado le sugirió la idea de pintar un cielo similar en su cuadro.

Tras parar brevemente en Madrid, Antonio hizo su última excursión: Toledo. Allí nació Juan de Padilla, un personaje fundamental en la lucha comunera, esposo de María Pacheco, que sobresalió por su prudente gobierno de Toledo durante la ausencia de su esposo y, tras la muerte de éste, por su heroica resistencia en la capital

castellana, que se prolongaría durante nueve meses después de la derrota de Villalar, demostrando hasta dónde puede llegar el valor y la pericia de una mujer en tiempos difíciles. De ahí que a doña María se le pusiera el apelativo de la "Leona de Castilla" e incluso hubo quien la llamó "el último comunero".

Pasear por las estrechas y empinadas callejuelas de Toledo, visitar su Alcazar y sus iglesias llenaba de una inusitada energía espiritual a Antonio, cada vez más convencido de que su deber como artista era transmitir y comunicar lo que sentía mediante la única forma de expresión que él sabía utilizar: la pintura.

De regreso a Madrid, con la cabeza llena de ideas y el cuadernillo repleto de apuntes y esbozos, Antonio se puso a trabajar. Se encerró en su estudio decorado con copias de grandes obras de arte que le acompañaban desde sus inicios, entre las que destacaba la Gioconda de Leonardo da Vinci. Un cómodo sillón de terciopelo rojo era su mayor lujo, sin olvidar el gran tablero de ajedrez colgado en una pared como si fuera un cuadro más, ya que, en su ratos de ocio, gustaba de jugar al ajedrez con alguno de sus amigos.

Tenía también una pequeña biblioteca en la que había más libros de historia que de otra materia, pues el artista era un gran aficionado a la historia patria y encontraba en ella una constante fuente de inspiración. Precisamente sus conocimientos iniciales sobre los comuneros provenían de lo que había leído de Cadalso y Forner, que ya en el siglo XVIII hicieron su particular interpretación de aquellos personajes. En su época, el poeta Quintana y el dramaturgo Martínez de la Rosa también habían vuelto la mirada a los aguerridos comuneros, que veían desde el prisma romántico y liberal.

Antonio había leído con sumo interés a Martínez de la Rosa, al que admiraba como político y con quien se identificaba por su liberalismo, el cual insistía en que el levantamiento comunero había sido

un precursor del que luego se viviría en España contra el absolutismo de Fernando VII. Desgraciadamente Fernando VII, también llamado "el rey felón" nunca sería un Carlos Quinto.

Sobre un amplio lienzo de más de tres metros y medio de ancho y algo más de dos metros y medio de alto, Antonio empezó por trazar un boceto donde situó a cada uno de los personajes. Quería que los tres ajusticiados fueran acompañados por frailes que les ayudaran en aquel terrible trance que solo la fe puede aliviar. Pretendía dar presencia e importancia a los monjes porque había leído que ellos estaban en el origen del movimiento comunero: un documento redactado por monjes salmatinos en el mes de febrero de 1520 fue la base de la carta fundadora de las comunidades de Castilla. Y los sermones de los frailes aliados con el movimiento comunero contribuyeron a difundirlo entre la población. Dos meses después, en abril, Toledo entregó el gobierno de la ciudad a los comuneros.

Segovia y Medina del Campo entre otros lugares también tuvieron una primavera de algaradas y protestas. El pueblo español no entendía que su flamante príncipe Carlos marchara a Alemania, aunque fuera con el propósito de coronarse emperador, y dejara el gobierno de Castilla en manos de un joven flamenco, Adriano de Utrech, quien, por cierto, también era un eclesiástico que incluso llegaría a Papa.

Antonio decidió que no pintaría más personajes. No quería hacer un cuadro de multitudes, sino una pintura intimista, donde el protagonismo absoluto lo tuvieran los tres comuneros. No habría público. En cuanto a los verdugos, sus rostros no le interesaban; uno saldría de espaldas y el otro agachado sobre el cuerpo del primer ajusticiado, en el momento de liberarlo de las cadenas, ya innecesarias.

Y con respecto al escenario, era obligado reproducir el paisaje urbano de Villalar, puesto que la ejecución tuvo lugar

en su Plaza Mayor. Pintaría de manera que resaltara la iglesia parroquial de San Juan Bautista que había visitado en su viaje. La colocó vista desde un lateral, con su espadaña y sus dos campanas gemelas paralizadas en el aire. Imaginó el tañido fúnebre de aquellas campanas, y, rebotando sobre las piedras de la calzada, el crujido de las ruedas del carro que trasladaba a los reos. Le pareció escuchar el murmullo de la gente que acudía a presenciar el suplicio entre la incredulidad, el terror y la indignación. El cuadro tenía que evocar todo aquello y contar la historia de la manera más realista y veraz posible.

Finalmente, coincidiendo con que la fecha del ajusticiamiento fuera un 24 de abril y con el recuerdo del día lluvioso de su visita a Villalar, eligió como fondo un cielo plomizo, coloreado de tonos pálidos. Sólo se permitió un poco de luminosidad justo en la dirección que señalaba la mano alzada del primer fraile, indicando el lugar celestial que habría recibido al alma del comunero recién ajusticiado. La atmósfera del cuadro debía producir una tristeza inevitable, un total desaliento. Tan solo aquella tenue luz que entraba por la izquierda haría relucir brevemente la seda listada en azul y verde del jubón de Diego de Maldonado.

Después de unos intensos días de trabajo en los que Antonio apenas descansaba porque todo el tiempo le parecía poco para dedicárselo a su pintura, el cuadro estaba concluido y Antonio sentía la íntima felicidad que produce la obra terminada, hecha con pasión y verdad. No sabía cuál sería el resultado, si tendría o no aceptación, pero la presentó a la Exposición. Pocos días después fue su buen amigo Luis quien le dio la noticia.

-Enhorabuena, querido Antonio, ¡has triunfado! Te han concedido la Medalla de Primera Clase de la Exposición. Además este año de 1860 es especial porque, como ya te dije, se celebra su quinta convocatoria. Obtener una medalla en una

Exposición Nacional de Bellas Artes es un premio prestigioso que te consagra.

Antonio sonrió, entre la satisfacción y la melancolía.

-Francamente, Luis, no quiero parecer vanidoso pero yo aspiraba a la Medalla de Honor... Esta otra es como un premio de consolación...

-Es que tú no sabes la polémica que ha creado tu cuadro. Tengo buenos contactos en el Jurado y me han contado que algunos de sus miembros lo han tomado como un alegato político... contra el conservadurismo y a favor de las libertades...

-Pues no se han equivocado demasiado...

-Sin embargo también ha habido protestas por parte de otros que han creído que merecías el primer premio. En todo caso, tengo que darte otra buena noticia, excelente, diría yo.

Hizo una pausa efectista.

-Don Salustiano Olózaga, que fue presidente del consejo de ministros y amigo íntimo de nuestra reina... es uno de los mayores admiradores de tu cuadro. Y ha propuesto su adquisición al Congreso de Diputados... ¡por ochenta mil reales! Vas a hacerte rico...

Antonio le miró con gratitud.

-Muchas gracias, Luis. Bien sé lo que tú has podido colaborar en esto. Recuerdo que mis padres, cuando yo era niño, pensaban que los artistas se morían de hambre. Date cuenta de que provengo de Alcoy, la primera ciudad fabril e industrial del Reino de Valencia. Allí la gente es muy trabajadora. No tenemos campos que sembrar ni puerto de mar para comerciar, pero las manufacturas de tela y de papel han hecho rica a mi ciudad... porque no es pueblo, es ciudad, "ciutat", como dicen allí en nuestra dulce lengua. Mi padre soñaba

con que algún día yo dirigiría una de esas fábricas. Al principio, casi les avergonzaba que su "chiquet" quisiera ser artista.

-Cuando se enteren, estarán orgullosos de ti.

-Sí... pero lo que más me alegra es pensar que mi cuadro estará colgado en el Congreso de los Diputados. El mejor lugar donde podría estar.

-Amigo Antonio, cierto que esto es una victoria.

-Hay una victoria mayor que la mía... La de los comuneros. Ellos serán recordados siempre gracias a este cuadro. Las generaciones futuras no podrán olvidar nunca sus hazañas ni su tragedia final. Ellos murieron, pero sus propuestas triunfaron. Carlos Quinto acabó siendo el más castellano de todos los reyes. Impuso el español como lengua para sus embajadores. Quiso morir en un lugar muy cercano a Castilla: Yuste, una prologación de la Castilla de huertos, jardines y montañas...

Su amigo asintió emocionado.

-Me has convencido. Y tu cuadro me ha llegado al corazón. La prestancia de los caballeros, la perfección técnica, todo lo que representa... Tenías razón cuando dijiste que sería un cuadro hermoso. Es sobrecogedor, pero hermoso al mismo tiempo.

-Brindemos por ello.

-Brindemos... Para que tu cuadro perdure y con él, el recuerdo de los grandes hechos y las grandes víctimas de nuestra Historia.